

Telebasura y Democracia

BUENO MARTÍNEZ, Gustavo:
Barcelona, Ediciones B.

Si a finales del 2000, Bueno nos ofrecía sus reflexiones sistemáticas sobre la televisión, un año después irrumpe con otro libro que ha escrito en un tiempo récord. Alguien puede pensar que es un «instant book», modalidad que tuvo tanto éxito en el mercado en los años ochenta. Efectivamente, Bueno habla de la tragedia de las Torres Gemelas y de Gescartera. Alguien puede pensar, también, que es un libro oportunista. La cuestión es si el oportunismo puede alcanzar una profundidad de pensamiento como la que Bueno nos muestra en estas páginas. Creo que este libro es todo menos oportunista.

Ediciones B le encargó a Bueno que escribiera sobre un término que es de uso común en universidades, periódicos, tertulias y conversaciones privadas: «telebasura». El filósofo aceptó el encargo. Creo que actuó según su distinción entre filosofía académica y filosofía mundana. Conocida es su opinión sobre la filosofía académica: los profesores de Universidad, por lo general, enseñan y examinan sobre «doxografía», es decir, sobre lo que los filósofos han opinado, propuesto, investigado. La filosofía mundana exige dar respuestas filosóficas a los problemas diarios. Por eso, Bueno piensa que los medios de comunicación han sustituido al ágora de la antigüedad.

Lo que las editoriales están comprobando es que la sorprendente fecundidad de Bueno tiene mucha repercusión en el mundo cultural, porque une sus puntos de vista polémicos y la profundidad de sus razones. En muy pocos años ha encadenado cuatro libros, todos ellos encaminados a dar respuesta a temas candentes: *El mito de la cultura* (Alba Editorial), *España frente a Europa* (Alba Editorial), *Televisión: Apariencia y Verdad* (Gedisa) y el que ahora estoy comentando.

Si hay algo que distingue a *Telebasura y Democracia*, además de la rapidez en su redacción, es el estilo, más adaptado al público que los anteriores. También, la presencia del humor en distintos lugares del libro.

Resumiré los puntos fundamentales de este libro, incluso con las expresiones literales de Bueno en muchas ocasiones, porque el autor no se limita a elaborar conceptos, sino que presenta proposiciones y éstas son una de las figuras claves dentro de la Teoría del Cierre Categorial.

El filósofo empieza su libro enfrentándose directamente con el término «televisión basura» y lo hace partiendo de la etimología para ir subiendo el listón en varias fases; primero, identificando a quienes emplean este término como personas que clasifican según criterios pragmáticos de intención inequívoca. Quieren separar determinados programas, pero no se oponen a que sigan siendo el pasto de la “plebe frumentaria”. Al obrar así, dejan abiertos unos flancos sobre jerarquía de valores, por los que Bueno se dispone a atacar. Desde luego, a él le parece que el término es un «concepto basura», porque quienes lo emplean no saben exactamente qué quieren decir cuando se les piden explicaciones. Más aún, quienes lo emplean tienen una filosofía pesimista sobre el predominio del mal y de la decadencia en este mundo. Quienes, por el contrario, «comprenden» todo tipo de televisión, mantienen una filosofía optimista y piensan que la Cultura se impondrá a la basura. Estas dos metafísicas son, para Bueno, puros delirios.

Se enfrenta el autor al concepto de «calidad» aplicado a la televisión, puesto que los programas de calidad son el polar opuesto de los llamados programas-basura. «Calidad» es uno de los términos que reinan en el mundo empresarial. Bueno lo somete a crítica cuando algunos quieren aplicarlo a la televisión. Efectivamente, este concepto plantea la cuestión disyuntiva entre el relativismo cultural (nada vale, fuera de su círculo social o cultural) y la diversidad cultural (todo vale, todo es respetable). Sin olvidar que las categorías televisivas, vinculadas a las correspondientes categorías mundanas (sociales, culturales, ideológicas...) ni están desvinculadas ni son compatibles entre sí enteramente, sino vinculadas dialécticamente, y no todas con todas, sino, muchas veces, en mutuo enfrentamiento.

Para introducir claridad en los términos, Bueno distingue entre *telebasura fabricada* y *telebasura desvelada*. Dentro de la fabricada, entre la *telebasura diseñada* y la *telebasura derivada o resultante*. Ilustra cada distinción con ejemplos que el lector puede conocer por experiencia cuando ve televisión. Al ocuparse de la telebasura desvelada, somete a crítica la premisa implícita de que la verdad debe ser siempre manifestada, puesto que esa premisa carece de todo fundamento práctico (ético, moral o político).

Según el autor, a más televisión, más telebasura. La probabilidad de un incremento de la televisión basura crece en función del número de cadenas que vayan creándose y que compitan por la audiencia y en función del número de horas que se vean obligadas a mantenerse activas. El crecimiento de estas variables determinará una demanda también creciente de “alimento” cuyo nivel de calidad será imposible mantener”. La “ley de Gresham”, observada en la economía de mercado (“la mala moneda desplaza a la buena”), se aplica con mucha más notoriedad al tráfico entre televisión y audiencia: “La televisión basura tenderá a ir desplazando progresivamente a la televisión limpia, a medida que aumenta la oferta televisiva”.

La propuesta de Bueno es que no basta con hablar de telebasura en general; es preciso analizar los contenidos concretos. Así acaba el Capítulo II y es ya muy avanza-

do el Capítulo IV cuando ofrece algunos ejemplos de “telebasura objetiva”: Un programa que se orienta hacia la apología de las drogas destructivas; los programas que contienen “mensajes” destinados a orientar a los jóvenes hacia formas de vida incompatibles con la sociedad de electores libres de mercado; las series y programas racistas; todo programa televisivo que implique una justificación, y aún una incitación, al suicidio como vía propuesta, por algunas sectas destructivas, hacia la liberación de la cárcel terrestre; la publicidad falsa de productos ofrecidos por el mercado, sobre todo de aquellos productos de consumo masivo.

“Telebasura e intimidad” es el título del Capítulo III. El filósofo se enfrenta con el asunto de la intimidad y aporta una visión original. Aunque él no lo dice, ya puso los fundamentos de su visión al ocuparse de los fundamentos de los derechos humanos en el Capítulo VII de un libro fundamental para entender la filosofía de Bueno: *El sentido de la vida*. Su pensamiento es políticamente incorrecto, porque no se deja llevar por las ideas que flotan en el ambiente. Reconoce que la intimidad es un hecho y un hecho “que hace derecho”, pero ¿cuál es su fundamento? Oscuro y confuso. Hay una ideología sacralizadora del concepto de intimidad, que la hacen equivaler a “soledad”. La teología católica significa una enérgica restricción de esta equivalencia. La vida íntima no es propiamente una vida solitaria, sino de diálogo con Dios uno y trino. El agnoscicismo, el ateísmo y la supresión de la confesión en el luteranismo y calvinismo han contribuido a confundir intimidad con soledad.

La creación de la intimidad es un proceso evolutivo que aparece ya en la vida de los animales superiores que, al entrar en competencia, reservan para sí mismos partes del mundo compartidas con otros, a fin de preservarlas de las apetencias de los demás. Reservamos para nuestra intimidad (y la constituimos) las cosas comunes que podríamos compartir con otros. La intimidad no se nutre precisamente de un impulso de originalidad; con frecuencia los contenidos reservados a la intimidad son los más comunes o vulgares, los menos valiosos, incluso los más abyectos. Esta creación de la intimidad se incrementa en las sociedades humanas, pero en virtud de los mismos mecanismos, aunque estos actúen en una red de relaciones cada vez más compleja.

Ya dentro de su teoría original de la intimidad, Bueno afirma que se conforma gracias a la opacidad, porque si todo fuese transparente, la intimidad sería imposible. La intimidad del grupo es previa a la intimidad del individuo, puesto que la intimidad estrictamente individual se formaría a partir de la intimidad tribal o grupal. Los pasos hacia la formación de la intimidad humana son la proyección de la cueva o de la casa al propio cuerpo a la interioridad ideal delimitada por la piel o estuche corpóreo, hasta el revestimiento de este cuerpo, o de las “partes pudendas” por vestidos.

¿Cómo enlazar el análisis de la intimidad con la de los individuos “electores o consumidores responsables” de la sociedad democrática? Un mercado libre y competitivo no puede condicionar o determinar unívocamente al consumidor, porque entonces el consumidor y el mercado desaparecería o se transformaría en un mecanismo simi-

lar al de un sistema de riego gota a gota de una plantación. El consumidor ha de poder elegir las mercancías alternativas, porque sólo así cabe un mercado diversificado.

A continuación, Bueno resume algunas de las ideas de su libro anterior sobre la televisión: la esencia de ésta es la clarividencia, es decir, la perforación de la opacidad. La televisión formal es el desvelamiento de la intimidad.

Donde Bueno vuelve a navegar contra la corriente es cuando emplea la diaíresis o distinciones diversas: la televisión delictiva no es, por sí misma, televisión basura; la televisión obscena no es necesariamente televisión basura; la obscenidad es el desvelamiento consentido de la intimidad; "Gran Hermano" es el prototipo de la televisión obscena. Bueno resalta que el principio de intimidad individual entra en contradicción con la realidad de la vida interpersonal, en la pareja y en la convivencia dentro de otros grupos sociales.

El Capítulo IV lleva el mismo título que el libro: "Telebasura y Democracia". Al igual que en los Capítulos anteriores, Bueno no se anda por las ramas y afirma que no existe hasta la fecha un análisis teórico sistemático de las relaciones entre la televisión y la sociedad política en general y, por tanto, tampoco de las relaciones de la televisión (y en concreto, de la telebasura) con las sociedades democráticas. Sencillamente, la televisión no ha sido todavía "asimilada" por la teoría política, que sólo llega hasta ella desde perspectivas sesgadas y coyunturales. Lo que hace Bueno es aplicar su propia teoría política, que ya expuso en su libro *Primer ensayo sobre las categorías de la ciencia política* (1991) y que ha continuado en sus artículos "La democracia como ideología" (1997) y "Sobre el concepto de izquierda política" (2001).

La sociedad democrática discurre a través de cuatro círculos dialécticos: *genéticos, estructurales, entrelazados y secantes*. El autor expone los cuatro círculos en un conjunto de apartados; después, dedica otro conjunto de apartados a concretar los engranajes de la televisión con esos círculos; en un tercer conjunto, analiza la telebasura que puede generar la televisión en la conformación de los elementos de la sociedad democrática. Prefiero sintetizar qué entiende por cada círculo, adelantar cada engranaje y sintetizar los peligros que acechan en la telebasura.

Para explicar el *círculo genético* o *constituyente* de una sociedad democrática, Bueno se vale de una comparación: La constitución democrática se comporta, respecto de las sociedades a la manera como se comporta la gramática escrita de un lenguaje de palabras que ya se hablaba antes de que esa gramática fuese escrita y publicada. El fundamento, renovado diariamente, de la sociedad democrática es, según esto, la sociedad de consumidores individuales (sujetos corpóreos) que a la vez determinan la producción mediante su demanda. El consumidor, elector de bienes de consumo, es precisamente el elector de sus representantes en el Gobierno y en el Parlamento de la sociedad democrática. Por tanto, tiene a la vez presente al consumidor y al elector. O lo que es lo mismo, dos ejes de los tres que él distingue en el campo antropológico: el *radial*, el de las relaciones de los individuos con las cosas y el *eje circu-*

lar, el de las relaciones de los individuos entre sí. Cada uno, aislado, es insuficiente para explicar muchas de las cosas que ocurren en las sociedades democráticas. En consecuencia, la génesis de la democracia política puede entenderse históricamente como resultado de la extensión, hasta cierto punto metafórica, de la estructura de mercado libre de bienes a la propia sociedad política.

La manera específica de contribuir la televisión a la formación de la libertad de elección de los ciudadanos es ofreciéndose como un bien público (no privado) en torno al cual el ciudadano pueda elegir. Las cadenas de televisión privadas se llaman así en función del carácter no estatal de las empresas que las promueven. El telemando y el zapeo permiten ejercitar la posibilidad de ejercer la posibilidad de elección y, por tanto, contribuyen a la "existencia sostenible" de los contenidos ofrecidos. La televisión es uno de los procedimientos más eficaces para mantener vertebrados a los individuos que constituyen las masas de las sociedades democráticas contemporáneas. También, la publicidad.

Todo aquello que pueda obrar en menoscabo de la "comunidad de electores-consumidores libres" habrá de considerarse como telebasura. Antes he adelantado cinco ejemplos. Lo que Bueno no quiere es simplificar el problema. Por tanto, las dificultades comienzan cuando hay que trazar la línea divisoria entre los contenidos cuyos efectos en la audiencia atenúan, obstaculizan o demuelen la democracia y aquellos otros cuyos efectos pueden tener un signo opuesto, como revulsivos capaces de suscitar reacciones democráticas.

Los *círculos estructurales* son los que se dibujan en la estructura interna de la sociedad democrática. A la dialéctica de la delegación o representación democrática corresponden las incompatibilidades entre una representación ideal del pueblo o sociedad civil como un todo (el cuerpo electoral) y las partes en que está fraccionado. Esto lleva a ponderar esas partes, evaluar la abstención de alguna de esas partes y la conformación de las mayorías. Cuando una parte (un partido) obtiene mayoría absoluta, la oposición no se limita a esperar las elecciones siguientes. A la dialéctica de la representación corresponde también el círculo de la sustantivación de la clase política elegida por la sociedad civil y, también, los conflictos entre los tres poderes.

La televisión juega un papel decisivo en todos los procesos electorales, porque sólo gracias a la televisión el cuerpo electoral puede tener delante (formalmente y en directo) a los candidatos. El elector puede percibir mucho mejor la "personalidad individual" del candidato que en el estadio o en el teatro donde se celebra un mitin. También la televisión desempeña un papel muy importante en la sustantivación o hipóstasis de la clase política; abre todo, en la consolidación de las cúpulas de los partidos políticos en las democracias partitocráticas. Y, en fin, la televisión interviene en el curso del ejercicio de los tres poderes.

Un régimen democrático de televisión plural muy probablemente generará subproductos de telebasura objetiva. Los casos de corrupción electoral pueden contribuir a

umentar la abstención el escepticismo entre los electores. Es un ejemplo de telebasura desveladas. Telebasura fabricada es la intersección de la publicidad con la propaganda política en las contiendas electorales. También, los programas que pueden consensuar las cúpulas de la partitocracia, en los que se tiende a dar a la audiencia la imagen idílica de una clase política limpia, esforzada y entregada por completo a la pacífica "conurrencia de pareceres". En este caso, la telebasura se fabrica como telebasura orientada a ocultar una telebasura desvelable. En todos estos casos, surgen cuestiones pragmáticas: ¿Cabe otra conducta democrática que la de la luz y taquígrafos en su expresión de basura desvelada? ¿O puede comprometer a la propia democracia la exhibición continua de sus propias miserias, cuando la exhibición no busca tanto corregir el mal cuanto exagerarlo, en beneficio de quien promueve la desvelación, rasgándose las vestiduras?

Los círculos entrelazados tienen que ver con las estructuras periféricas o envolventes, que le son inseparables. Ya me he referido antes al eje radial del campo antropológico, según lo entiende Bueno. Este eje se concreta en lo que también este autor llama capa basal (infraestructural, económica, cultural), es decir, todo aquello que contribuyen a formar y mantener la realidad del elector libre. El llamado "ocio democrático" es, desde esta perspectiva, tan básico como el trabajo, porque conforma al individuo libre (elector) como consumidor libre con opiniones propias. También, la tendencia a extender el sistema democrático de elección de representantes a otras capas de la sociedad civil.

La televisión coopera continuamente con la sociedad democrática de mercado de muchas maneras. Presenta concursos que disciernen premios según la sabiduría o los méritos de los concursantes y ofrece partidos de fútbol, porque sólo a través de la televisión, los miles de ciudadanos de los estadios se transforman en millones. Bueno dedica una atención especial a las necesidades que cubre el fútbol en nuestra sociedad democrática del ocio. No sólo es un aliviadero de las tensiones, sino que ofrece la imagen de una sociedad competitiva en la que los contendientes son implacables, pero sujetos a unas estrictas reglas de juego. Los ciudadanos se sienten representados por sus equipos de fútbol a nivel municipal. Cuando juega la selección, el fútbol logra polarizar simbólicamente sentimientos que tienen que ver con la unidad misma de cada nación política. como en la sociedad medieval el "ocio religioso"

La tolerancia inherente al pluralismo de mercado constitutivo de esta sociedad abre posibilidades indefinidas para los subproductos basura de la televisión integrada en esta sociedad. Las tertulias y "debates democráticos" en televisión dan una impresión de libertad de opinión engañosa. A veces, parece que la libre expresión de las opiniones es inviable cuando quienes quieren expresar su opinión actúan conjuntamente. Estos pseudodebates suelen ser, en rigor, telebasura, puesto que quienes los diseñan parten del principio abstracto de la tolerancia y del principio abstracto del diálogo. Hay opiniones intolerables, por gratuitas y estúpidas, que no merecen el menor respeto, y esto significa que no debe permitirse su expresión impune, amparada en el derecho a expresar la propia opinión. La tolerancia pasiva no es virtud democrática, sino vicio democrático. Por otra parte, el diálogo no soluciona cualquier

situación. Muchas veces hace falta acudir al experimento o a la prueba práctica, no verbal.

También son telebasura los concursos en los que se entregan premios millonarios enteramente desproporcionados al saber del concursante; premios aleatorios pero encubiertos bajo la capa de un premio al conocimiento.

Los *círculos secantes* desarrollan las relaciones con otras sociedades, democráticas o no. Aunque tampoco Bueno lo cita, tiene presente el tercer eje del espacio antropológico, el *angular*, que acoge las relaciones con los extranjeros y con los númenes. Una sociedad democrática recluida en los límites de un Estado no puede garantizar el proceso de su génesis permanente, porque el mercado requiere el intercambio internacional. Cuando hay sociedades que no se encuentran en ese "proceso de génesis permanente" que constituyen su propia naturaleza, sólo podrá recibir las instituciones democráticas desde fuera (desde otras sociedades más potentes), y a veces como una camisa de fuerza. Los conflictos de la "globalización" o de la "antiglobalización" forman parte de esos círculos.

Una televisión que, de manera directa o sutil, favoreciera la xenofobia atentaría contra las virtualidades del mercado, al excluir a los extranjeros. Igualmente, quienes fabrican programas que contienen relaciones con sociedades no humanas y que pueden provocar suicidios colectivos.

El Capítulo V está dedicado a hacer una historia de la televisión basura en España. Luego viene un Final, en el que resume algunos de los asuntos fundamentales del libro. Remata el libro con un Apéndice, en el que critica el Manifiesto contra la "Telebasura". Quizá este Apéndice la acarrerará una serie de adversarios o enemigos, porque emplea distintos registros de humor, desde la ironía fina al sarcasmo.

Felicísimo Valbuena de la Fuente

Lobbies: Cómo funcionan los grupos de presión españoles

TIJERAS, Ramón:

Madrid, Temas de Hoy, 2000, 333 páginas.

Este libro es el quinto que Tijeras ha escrito en diez años. Los anteriores han sido: *El dinero del poder* (1991); *La revolución de los jueces* (1995); *Abogados de oro: el gran negocio de los bufetes* (1997) y *Las sagas del poder* (1998). Periodista de investigación al que preocupa un asunto tan importante como el poder, ha seguido una línea que le ha procurado credibilidad entre sus colegas y, claro está, un buen puñado de enemigos poderosos.